No Contestes.

L Ricardo Muñoz

Capítulo 1

"No contestes", dijiste un segundo antes de que me levantara para realizar aquella acción que cortaba un momento lleno de calores y pasión contenida. Me quisiste amedrentar con aquella mirada seductora para fundirme en el arrepentimiento, pero debo admitir que jamás me arrepentiré de haberlo hecho. Me levanté de la cama a pesar de tu súplica sensual, y me alejé, a 6 pasos de nuestro oasis, lejos y cerca del hermoso paisaje de tu cuerpo. Pensé en no contestar, pues, la vista panorámica que había desde aquella esquina intentaba cortar la señal de mí con el mundo. Sin embargo, tomé el teléfono y hablé, no sin dejar de mirarte, no sin dejar de admirarte.

Mis ojos recorrieron aquellas cordilleras que adornaban la playa dónde quería hundirme y nadar, tus labios delgados y calurosos que, susurrando, me llamaban a la cama, me llenaban del fuego que pretendía apagar con tus aguas dulces. Tu mirada se encontraba perdida en el horizonte de mi dorso y, la mía, en la lejanía de tus colinas. Sufría admirando el vientre que moría por besar y el pecho que pensaba en acariciar. Esperabas ansiosa por mi vuelta a la cama y te aseguro que, aunque yo también lo hacía, no dejaba de disfrutar cada segundo que pasaba con el teléfono en la oreja. Tu ropa interior oscura hacía contraste con tu piel exterior canela, ese color tropical que me recordaba a aquellas tardes apaciguadas bajo la palmera de una hermosa playa. Fijaste tu mirada en la nada y yo, pensando en el todo que quería enseñarte, no dejaba de ignorar la voz que molestaba desde la bocina. Acariciabas tu piel en un intento subconsciente por buscar la textura perfecta y saboreabas tus labios al imaginar el sabor de los míos. Tus grandes piernas de las que tanto te enorgullecías, guardaban un secreto que entre ellas pretendía ocultarse.

Fingía estar atento a la llamada, pero las vías de comunicación no eran lo suficientemente atractivas y, las curvas de tus caminos, causaron mi pérdida permanente en la plenitud de tu bioma. Entre playas y montañas dejé mis miradas, pues entre mares y selvas pretendía hundirme. El arte en el que estabas convertida no perdías el derecho de ser admirada en la eternidad de un museo griego. Tomabas la forma de una escultura tallada a mano por un cincel hecho de oro, y yo, la de un crítico de arte con la obsesión de que fueses mía.

Volteaste por fin en mi búsqueda, y yo, boquiabierto, colgué al fin la llamada que servía cómo obstáculo entre tu cuerpo y el mío. Caminé los respectivos centímetros que nos separaban y me enredé entre tus piernas, mi boca buscaba la tuya en un acto desenfrenado por desconectarme del universo y tus manos se aferraban a mi cuerpo con el objetivo de unirnos. Nuestro tacto indecente condujo al comienzo de

nuestro acto carnal.

Tu ropa interior cayó de forma veloz, mientras mis manos y mi boca luchaban por cubrir tus partes íntimas. Tus ojos se encontraban cerrados y, los míos, tomaban en cuenta los puntos críticos de la zona de guerra en la que me encontraba. Tus manos rasguñaban mis espaldas y las mías, dentro y encima de ti, rasgaban el silencio con los gemidos que te obligaban a emitir. El momento se humedeció y, mi boca ansiosa de ti, bajó a saciar la sed que me calcinaba. Tus gritos y gemidos me indicaban que lo disfrutabas, mis manos apretaban tus caderas y tus piernas fungían de cómplices en tu intento accidental de ahogarme entre ellas. Reclamaste tu derecho de sentirte mujer en base a mis manos y mi lengua, y yo, en mi deber cómo defensor, luchaba porque te sintieras la mujer más libre del mundo.

Las sábanas sufrieron las consecuencias de la contorsión desenfrenada de una mujer a punto de tener un orgasmo. Mi espalda fue víctima del asesino alojado entre tus uñas, mi cabello torturado y, mis manos, buscando detener aquella masacre, sólo lograban excitarte más. Estoy seguro de que, entre gemidos, pedías más (o eso intentabas hacer), pues, no recuerdo ni un segundo en el que no disfrutaras aquel mágico momento.

Disfruté estar dentro de ti por primera vez en lo que llevaba de fantasía, tus movimientos lentos y pausados lograban encender la llama del éxtasis que entre chispa y chispa se estaba produciendo. Tu respiración agitada logró el hacerme más viril. Buscabas ser golpeada y lastimada, pero tu cuerpo quería ser amado y cuidado. Eras una Diosa desatada, en el cuerpo de una humana atada. Arriba, abajo. Adentro, afuera. De una u otra forma disfrutabas el momento, vociferando mi nombre y perjudicando mi estatus. La casa, estaba llena de tu ruido, y el cuarto, vacío de inocencia. Ya no éramos tú y yo, sino, nosotros. Éramos dos bestias desenfrenadas que, al pasar los minutos, más querían matarse entre ellos.

Cambiabas de posición en tu lucha por tu libertad, y yo, complacido por ser partícipe de ella, pretendía que en cada una de ellas disfrutaras al cien por ciento. Tus manos arrastraban la sábana, tu boca mordía la almohada y tus gritos se extendían por el resto del universo. No nos importó que nos escucharan y, si lo hacían, permíteme citar aquella frase que me encanta; "Querida, bendito sea el que te escuche gemir". Yo dentro de ti y tú, queriendo estar dentro de mí, con tus mordidas y rasguños, disfrutábamos la situación.

El tiempo se hizo incapaz e inútil, pues, después de los quince minutos perdimos la cuenta del límite que nos pretendía hacer infelices. Le dimos fin a lo que empezamos un par de veces seguidas, sin embargo, aquel placer que sentíamos no debería ser detenido. Tú querías y yo más,

entonces, ¿qué debía detenernos?

Uno o dos orgasmos después -tres, quizá- nuestros cuerpos estaban empapados, la cama hecha un desastre y, tú y yo, dimos por finiquitado aquel problema que nos amedrentaba la estancia en público. Entre risas y sonrisas, besos y caricias dimos fin a aquel encuentro placentero. Me miraste enamorada y, justo después de un "Me encantó", soltaste aquél excitante y apasionado "Te amo". Éramos dos enamorados que acababan de regresar a la vida, aferrados de aquella pasión carnal que a ambos carcomía. Profesábamos amor eterno luego de cada encuentro, y, a fin de cada uno de ellos, nos odiábamos sin razón.

Después del tiempo, encontrar aquella pasión inmarcesible que me carcomía los tuétanos en aquel momento, se me ha hecho una misión imposible. Tu tacto y textura, no ha podido ser imitado por ninguna elocuente mujerzuela que haya logrado llevarme a la cama. Lamentablemente, no ha habido arte digno de admirar, ni bioma digno de explorar. Pero paisaje mío, quizá, nunca te lo dije, pero aquél crimen fue, sin duda, la forma más deliciosa de hacerme el amor.